

contramos en nuestra conciencia profunda. En el último y magistral libro de William James, sobre la experiencia religiosa, hay ideas que se armonizan con el pensamiento de Bergson. Los grandes fenómenos de la conversión religiosa, del misticismo, de la revelación interior y alucinatoria, se deben, según el psicólogo norteamericano, a un yo subliminal (yo profundo, diría Bergson), que hace irrupciones en el dominio de la conciencia, que explica muchas creaciones geniales; y ese yo subliminal es, probablemente la concentración en cada uno de nosotros de la conciencia universal, de la energía cósmica, que suponen los metafísicos, y hasta los agnósticos como Spencer. Con esta nueva teoría, el esfuerzo de Bergson adquiere consecuencias religiosas, que aquí, en Francia, preocupan a católicos y protestantes.

La nueva obra que publicará dentro de poco Bergson, es una extensión de su filosofía, una crítica de la idea biológica de vida. He conversado con el gran maestro de este nuevo libro, y conozco sus caracteres principales. Dice este profesor del Colegio de Francia, que su teoría parte de un principio general. En todos los grandes períodos de actividad filosófica, la ciencia dominante ha impreso su huella exclusiva al pensamiento especulativo. En la Grecia, fue la matemática, entendida en sentido genérico. La geometría dominó en todas partes; Pitágoras creó un álgebra metafísica; y el mismo Aristóteles construyó una lógica fundada en el concepto de cantidad, en categorías matemáticas. Un silogismo es la traducción de un principio geométrico, de las circunferencias envolventes. Y esto me lo explicó Bergson largamente, renovando el concepto antiguo de la historia de los sistemas filosóficos. La teología medioeval fue matemática a través de su herencia griega, alejandrina, plotiniana. Después del Renacimiento y de la renovación científica, cuando la física es la ciencia dominante, la filosofía, con Descartes, pasa del estudio de los juicios lógicos de cantidad, a los juicios de causalidad, de conveniencia, de consecuencia, a pesar del alto rango que las matemáticas ocupan en la filosofía cartesiana. Y desde fines del siglo XVIII y en todo el siglo XIX, con las ciencias naturales, es la biología la base de la filosofía, de la ciencia social, de la política. Pues bien, me decía resueltamente Bergson, este ciclo no está agotado. Se ha interpretado parcialmente el acervo científico. Yo acepto el concepto determinista de la vida, establecido por Claudio Bernard; acepto la idea de evolución. Pero, creo que la vida es más que un fenómeno mecánico, que la filosofía puede establecer el papel de la espontaneidad, de la indeterminación en el dominio biológico, según las ideas que usted leerá en mi libro. Hay aquí, entre los hombres de ciencia, aunque sean tan ilustres como el Gran Giard, tan fecundos como Le Dantec, un materialismo cerrado y dogmático que Bergson condena; contra él va este libro, que inquieta hoy a todos los filósofos, y que provocará, seguramente, grandes discusiones y grandes entusiasmos.

Cuando se ve a Bergson en su gabinete, en medio de sus libros, y se le oye hablar largamen-

te, elocuentemente, de estos problemas, se siente la impresión de quien ha llegado a una cumbre, desde la cual se contempla la novedad de los horizontes desconocidos. Y se admira, sobre todo, la fuerza intelectual unida a la modestia, la conciencia que tiene un gran cerebro de su poder y de sus límites. Sí, le oí decirme una vez, cuando se llega a estas cuestiones íntimas, se siente su complicación, su novedad y su grandeza; nada nos revela según nuestras limitaciones como el estudio filosófico. ¿Quién sabe, si antes de morir, no podré yo decir todo lo que pienso y terminar mi obra?—Algo de grave, algo de serenamente melancólico, se nota en estos pensadores, inquietados por los problemas de la vida, de la moral y del destino.

Cree el profesor que Francia y Estados Unidos tienen hoy la hegemonía filosófica; que en ambos países, impera un gran esfuerzo unido a una originalidad positiva; y que, en Alemania, sólo Wundt, y más el filósofo de Leipzig que sus discípulos, hace obra original, de psicólogo, de sociólogo y de metafísico. La psicología es hoy ciencia francesa y norteamericana.

Y tiene fe en la resurrección del idealismo filosófico. Su obra es una forma de este nuevo movimiento. Y es bella, convencida, artística. Me refería Sorel que Benedetto Croce, el célebre pensador italiano, le había dicho que la filosofía de Bergson dominaría en Italia, fatigada ya del empirismo alemán y enemiga del racionalismo francés, espiritualista o cartesiano. En Alemania, en Jena, tiene prosélitos la nueva doctrina. En Estados Unidos, James y otros filósofos la aceptan o la completan. En Inglaterra, hay un fermento de idealismo, una herencia de Hegel, con Bradley, con Andrew Seth, que, como reacción contra Spencer, puede inclinarse en el sentido de Bergson. Es grande el porvenir de la nueva filosofía. Alguien ha dicho que el libro de Bergson sobre "los datos inmediatos de la conciencia" tendrá la misma importancia que el discurso del Método de Descartes. Después de tanto análisis, de la magna obra de los laboratorios, de los estudios biológicos, de los nuevos descubrimientos en el dominio de la célula nerviosa, con Cajal y Golgi, en el estudio de la interdependencia de lo psíquico y de lo físico, con Flechsig se impone una síntesis, una metafísica, una nueva doctrina del espíritu y de la vida. Bellos tiempos llegan para este esfuerzo, para ese supremo ejercicio de la facultad de abstracción, "creadora de filosofías y religiones", según Taine, único principio que, según él, nos diferencia del bruto, nos separa del instinto y nos devuelve nuestra conciencia de hombres.

El Alma de España

P o r H A V E L L O C K E L L I S

Sin ninguna limitación partidista, y después de frecuentes viajes —encuentros con el alma de España— el fino espíritu de HAVELLOCK ELLIS produjo un profundo y noble libro consagrado a su

estudio. Ellis cree sorprender a España, a través de las manifestaciones de su despertar, en la actitud de conducir de nueva vez la aportación, superior en mucho al efímero éxito industrial en que se agotan los ciclos de otros pueblos, de un espíritu esencial al destino del alma europea. Las páginas que siguen son de lo más medular del estudio del ensayista inglés.

EL estoicismo, instintiva filosofía del salvaje, es la filosofía fundamental y casi religiosa de España. Séneca, el típico estoico español, tiene para España, según se ha dicho, el prestigio de un padre de la Iglesia. El español Marco Aurelio lleva la huella de su tierra natal; y el cordobés Lucano fue el primero de una larga estirpe española. Contribuyeron tanto a infundir al estoicismo su último carácter, porque instintivamente esta filosofía germinaba ya en su sangre. Aun cuando el español se haya mostrado sobre todo cristiano, ha sido antes que asceta, estoico. Torquemada vivía en un palacio custodiado por centinelas montados, como un magnate, pero hubiera rehusado la dignidad arzobispal, se abstenía de usar prendas de hilo, aun para dormir; no comía carne, y se resistió a proporcionar un partido a su pobre hermana soltera. Se recuerda la anécdota de Fray Luis de León que, después de cinco años de sufrimiento en la cárcel, al ocupar de nuevo su cátedra en la universidad de Salamanca —en la pequeña y oscura aula que todavía existe— comenzó diciendo, según antigua costumbre suya: “Decíamos ayer...”

Esta actitud mental se compadece con el énfasis del carácter, de la ética, de la conducta. Nunca ha florecido en España la afición al cientificismo puro. Los españoles no han tomado una parte muy activa en el desarrollo de las matemáticas o de la geometría, de la astronomía o de la física, si bien se han mostrado eminentes en algunos aspectos de la ciencia aplicada y en la biología; así hoy día el sabio Ramón y Cajal, es un histólogo de fama universal. Se han entregado en gran manera a la metafísica, pero en España la metafísica se vincula, de una manera práctica, a la teología.

Sería erróneo suponer que la “crueldad” y el instintivo estoicismo de los españoles impliquen carencia de predisposición a la verdadera ternura y a la práctica de las acciones humanas más emotivas y delicadas. Semejante resultado no se da ni entre salvajes; cuánto menos en España, donde los tiernos sentimientos humanos tienen un alto grado de expresión. Cervantes, el más representativo de los españoles, es de una dulzura humana tan grande como la de Chaucer. Lo que parece vedar las tiernas emociones del español es la dificultad de ciertas efusiones sensibles en sus más graves manifestaciones formales y la costumbre de limitar sus mejores sentimientos al mundo de sus familiares, en vez de prodigarse entre los ajenos. Estrabón dice que los iberos estaban siempre dispuestos a sacrificar su vida por los amigos. De todo ello se deduce una explicación para el aparente antagonismo, muchas veces señalado, que muestra España ante el resto

del mundo. Por una parte se complace en un rígido y duro formalismo, en una moral y una religión severas y abstractas, capaces de destrozarse sin piedad su propio espíritu y el de los otros. Pero, por otra parte, es individualmente para con el que ha faltado, lo mismo que para la amistad y toda otra relación personal, de una inagotable indulgencia, cualidad que fue desarrollada en el plano de la teología por muchos causistas españoles. La Iglesia española, aunque se mostró intransigente con la heregía, tuvo siempre ternura para sus hijos. España produjo el impasible Torquemada, pero también engendró al pío fraile valenciano que fundó, hace seiscientos años, el primer hospital para dementes. “Sufrimos un estado anormal de cosas”, dice un pensador español, “en relación con nuestro carácter: castigamos con solemnidad y rigor para satisfacer nuestro deseo de justicia, y luego, sin ruido ni aparato, perdonamos para satisfacer nuestra necesidad de compasión”. Esta dualidad moral ha sido considerada como un producto del sentimiento cristiano en España, y de la filosofía de Séneca en un punto de convergencia. Pero tal tendencia es sin duda más radical e instintiva de lo que esta observación pueda dar a suponer.

Puede encontrarse una mezcla similar de fuertes nociones de la justicia en abstracto con una piadosa indulgencia hacia los delincuentes, entre los campesinos de Irlanda, que es una tierra según antiquísimas tradiciones que los modernos estudios tienden a confirmar, donde hay un primitivo elemento ibérico muy marcado. Respecto al comportamiento del campesino español para con sus semejantes, encuentro un caso muy significativo, narrado por un magistrado español en un periódico aragonés hace algunos años, y que ocurrió en una época en que el país atravesaba una aguda crisis. Un labrador que estaba sin trabajo, salió a la carretera decidido a robar al primero que acertase a pasar. Este fue un hombre que guiaba un carro. El labrador le dió el alto y le exigió el dinero que llevaba. “Ahí seo” contestó el asaltado. “No me quedaba más remedio que robar, porque mi familia está muriéndose de hambre”, le dijo justificándose el agresor, y se metió el dinero en el bolsillo. Pero no bien lo había hecho, cambió de parecer: “Toma esto, chico”, le dijo devolviéndole veintinueve duros, “con uno me arreglaré”. — “¿Quieres algo de lo que llevo en el carro?” le preguntó el carretero, impresionado ante tal generosidad. “Sí” dijo el labrador; “toma también este duro, prefiero un poco de arroz y unas judías”. El carretero bajó un saco de comestibles y además le ofreció cinco duros, que no obstante el labrador rehusó. “Tómalos para que te traigan suerte” insistió el carretero, “te lo ruego”. Y esto fue lo único que logró aceptarse el frustrado ladrón. Esta verídica historia demuestra la mezcla de impulsos que caracteriza al temperamento español. No es raro encontrar un caudal de sentimientos humanos y de cortesía encubriendo un fondo de violencia y de dureza, pero en el temperamento español son estos últimos los sentimientos que están más cerca de la superficie, y

desaparecen en cuanto se traba relación con cualquiera. Tal cualidad del campesino español, juntamente con su tendencia a las leyes abstractas adaptables a los casos concretos, su individualismo, su amor a la independencia y su preferencia por las pequeñas agrupaciones de clan, pueden van esos treinta duros, que es lo único que po-ayudar a explicar por qué el campesino y el obrero españoles se sienten atraídos por los ideales anarquistas. En ningún país ha avanzado el socialismo colectivista de Marx tan poco como en España, al paso que en ella se ha abierto tan fácilmente paso el anarquismo. Así ha sucedido lo menos durante cuarenta años. En 1868, Fannelli, un miembro italiano de la Alianza Bakunista (la sección anarquista de la Internacional), fue a España, y dos años más tarde, al celebrarse en Barcelona un Congreso anarquista, el movimiento había comenzado ya a tomar carácter definido y concreto. Desde entonces el anarquismo ha progresado firmemente en España. Tiene gran vitalidad en Cataluña, donde promueve frecuentes huelgas en Barcelona; en Andalucía encuentra un terreno abonado por ser allí muy notable el contraste entre la riqueza y la pobreza; asimismo están considerablemente influídas de anarquismo las comarcas del litoral mediterráneo, especialmente la industrial región de Valencia. En el norte del país también muestra, aunque en gado inferior, paralelo desarrollo, pero en la costa atlántica el anarquismo no halla tan favorable campo como en la mediterránea y cantábrica. En Bilbao, que es el segundo gran centro industrial de España, el partido obrero se ha mostrado con frecuencia hostil al anarquismo, pero en muchas regiones de España los ideales del partido obrero son en gran parte los mismos ideales del anarquismo.

Existe otra característica española, que lo es también de una actitud selvática ante la vida: el amor al formulismo, al ritual, a la ceremonia. Indudablemente, en todos los planos de la cultura humana existe y debe existir este elemento ceremonial y ritualista, pero en las tierras vírgenes, lo mismo que en las civilizaciones muy remotas, como la de China, ello constituye la externa corporeidad de toda filosofía, religión y organización social. Lejos de ser libre, el salvaje se halla envuelto en un ceremonialismo que en manera alguna es meramente convencional, antes puede ser de una trágica realidad. También para el español la parte ceremonial de las cosas es algo muy serio y verdadero, y se extiende a todas las manifestaciones de la vida, con no menor gravedad y rigor en la plaza de toros que en el templo. Siglos atrás, el concepto de la ceremonia como suma expresión de los más altos privilegios religiosos, culminó en el fastuoso espectáculo de los autos de fe, que eran una gran fiesta donde el júbilo popular realzaba el acto religioso, en el cual la Inquisición dictaba la sentencia final de la condenación o reconciliación de los herejes antes de entregarlos al brazo del poder secular, ya que la ejecución de los reos era de competencia exclusiva de éste y no incumbía a la Iglesia. Hasta comienzos del siglo XVIII no cayó en desuso el auto de fe.

También la danza española en sus aspectos antiguos y más nobles constituye un rito de solemnidad. "¡Qué majestad, qué decoro, qué distinción!" exclama Valera ya anciano, recordando las danzas de Ruiz y de su hermana Conchita, y "¡qué gracia cuando ambos bailaban juntos el bolero! No hay danza más aristocrática. Parecen príncipes o grandes personajes".

Para los anglo-sajones, las funciones ceremoniosas son en su mayor parte una cosa irreal e impuesta, que ellos realizan lo mejor que pueden, con grave y majestuosa solemnidad. Para el español la ceremonia es algo tan real y verdadero que en sus manos se convierte en una cosa graciosa, sencilla, natural y casi doméstica. "Toda la vida me he conducido con gracia", dijo el marqués de Siete Iglesias en el patíbulo, resumiendo en estas palabras la apología del caballero español. Esta tendencia al ritual implica ciertamente una fe en lo extremo, rayana en fetichismo. Parece ser que un español, San Raimundo de Peñafort, fue el primero que habló del perdón de los pecados veniales por medio de la aspersión del agua bendita, y en una de las comedias de Calderón, "La Devoción de la Cruz" un personaje, a pesar de cometer toda suerte de delitos, conserva un profundo respeto por la cruz, el símbolo de la Redención, y gracias a su fe, por fin se salva; no ha ultrajado su símbolo.

Misión de la Universidad Mexicana

LUCIO MENDIETA Y NÚÑEZ tiene actualmente a su cargo la cátedra de Derecho Agrario en la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Ha publicado una serie de obras fundamentales, dedicadas a la investigación de los problemas básicos en materia legal, relativas a nuestra reforma agraria. Mendieta y Núñez acaba de dar a la estampa un libro titulado "La Universidad Creadora y Otros Ensayos", cuya lectura nos complacemos en recomendar muy especialmente a los universitarios. "La Universidad Creadora" es un estudio amplio sobre la función que le corresponde asumir a la Universidad, en nuestro tiempo. Muchos de los aspectos analizados por Mendieta y Núñez en su nuevo libro, con relación a la Universidad Nacional, tienen positiva actualidad, como el que se refiere a las reformas indispensables para el mejor funcionamiento docente de la institución y para el logro de un mayor aprovechamiento de los estudios que en esta casa se realizan.

"Pertenece a la esencia de la Universidad, tener que enlazar el carácter de una academia platónica que está al servicio de la verdad pura, con una serie de funciones educativas de orden estatal y social, funciones determinadas por la situación general del tiempo". Doctor Eduard Spranger (Sobre el Peligro y Renovación de la Universidad Alemana).